consonni

Antxiñe Mendizabal Aranburu

Katona

TRADUCCIÓN
María Ramos Salgado

Katona

Antxiñe Mendizabal Aranburu
Traducción de María Ramos Salgado

consonni

Guste o no, todo nuestro cuerpo lleva a cabo una fulgurante resurrección de los muertos precisamente mientras avanzamos hacia nuestra propia muerte. (…), estamos interconectados. Y debemos educarnos para observar a fondo esta interconexión –yo la llamo maraña o, mejor aún, *frantumaglia*– y dotarnos de los instrumentos adecuados con que narrarla. En la más absoluta de las tranquilidades o inmersos en acontecimientos tumultuosos, a salvo o en peligro, inocentes o corruptos, nosotros somos la multitud de los demás. Y para la literatura esta multitud es, sin duda, una bendición.
–Elena Ferrante, *La frantumaglia. Un viaje por la escritura*. Traducción de Celia Filipetto.

Todas las obras de arte nacen de una conciencia alterada.
–Juan Mayorga

Tenemos que transformar nuestras vidas en mitos si queremos comprender la metáfora que siempre guarda dentro de sí la realidad.
–May Sarton, *Plant Dreaming Deep*

A quien ha cuidado todas mis muertes y mis nacimientos;
al hombre que me dice palabras de amor en canciones.

«*Pa qué tú me preguntas qué viento corre,*
siendo tú la veleta, y yo la torre».
–Enrique Morente, *Eres como veleta, Sacromonte*

Katona

Tela de lino con la que se entierra a los muertos.

En Ezkio, Gipuzkoa, no se enterraba a los muertos en ataúdes, sino envueltos en *katona*. (*Euskaleŕiaren Yakintza*, Resurrección María Azkue)

Primer libro escolar.

La palabra *katona* seguramente se refiera al libro *El Catón de los niños* de Saturnino Calleja, con el que aprendían a leer en castellano muchos niños y niñas, en la primera década del siglo XX, en el sur de Euskal Herria.

Canto infantil para echar algo a suertes:

Dona-dona katona,
sutondoan aitona,
lepotik behera kuttuna,
irten kanpora
neska-mutil
ttunttuna!

Fuera del cielo y fuera de la tierra

Aunque ya no recordaba el sueño, su madre fallecida le avisó de que la semilla había germinado, que ya se le estaba formando en la barriga un cerebro con forma de nuez, un corazón con aspecto de tomate maduro y un útero que parecía una pera cabeza abajo. El feto traía consigo la sabiduría de sus antepasados, un deseo enorme de amar y la esperanza de una nueva vida.

Nació sin ápice de sufrimiento. Se deslizó como un pez por las húmedas paredes mucosas, sin desgarrar el estrecho conducto. Cuando le cortaron el cordón umbilical, todavía estaba templadita, no lloró; el imprevisto la hizo suspirar, nada más; solo tuvo un poco de miedo cuando escuchó el último latido, ese último latido del cordón. En ese mismo instante respiró

por primera vez del aliento de una dama que surcaba el cielo sobre un carro tirado por caballos. Fue ella quien le otorgó el espíritu libre del viento. La matrona selló con un nudo aquel viaje sin retorno, sin posibilidad de huir por algún resquicio de aquella cicatriz arrugada. El fósforo de su sangre iba a alegrar las vidas de todos los que la esperaban.

El día que llegó al mundo, el tiempo estaba revuelto; desde la vertiente cantábrica soplaba un viento cálido del sudoeste. Mientras se lavaba las manos en una palangana, la matrona vaticinó que sería una muchacha bien formada: las muñecas y los tobillos eran del mismo tamaño. Después de limpiar a la madre recién parida con paños de algodón, la matrona envolvió la placenta en una tela, y el padre la devolvió al agua. La abuela se tranquilizó al comprobar que la pequeña tenía un lunar en un cachete, porque a las niñas con marcas de nacimiento no las pueden embrujar. El abuelo la cogió en brazos y sonrió al ver el remolino que se ocultaba en el finísimo pelo; lo tomó como signo de un espíritu indómito. Su padre fue el primero en llamarla *por su nombre*, escogido entre tantos otros.

La abuela sintió una corriente de aire mientras envolvía a la niña en paños de lino. Sabía que eso significaba que las puertas del infierno se habían abierto para atrapar el alma de algún pecador y protegió a la criatura sin bautizar contra su pecho, pidiéndole al cielo que le enviara un ángel que la cuidara para siempre.

El tiempo cambió de golpe: se levantó una fuerte ventolera, de las que remueven la hojarasca y sacuden los árboles más fuertes. La abuela, de puro miedo, exclamó:

—¡Allá va el cura cazador con sus perros!

Los perros, pensando que se trataba de la liebre por la que Mateo Txistu dejó la misa a medio dar, ladraban y perseguían al ángel de la guarda que ya iba de camino. Pero el ángel no consiguió llegar a tiempo para evitar que Txerren secuestrara al bebé.

La retuvo tres días con sus tres noches. La niña lloraba sin cesar, sollozaba por las penas del infierno, mientras los de casa le echaban aceite templado por los oídos. Para calmarla mientras se le pasaba el dolor, el abuelo mecía a la niña en la cuna, hasta que la pobre caía rendida. Dormir no le evitaba los sueños desapacibles; le cantaba el abuelo *sarean zunzun, sarean zunzun, sarean zunzun zena*. La abuela decía que todo esto era culpa de un gusano hambriento que estaba creciendo dentro de la niña y que el único remedio para satisfacer a la bestia sería verterle por el oído unas gotas de leche de la madre. Pero a la recién parida todavía no le había subido la leche.

Al ver que la niña no mejoraba, en casa estaban preocupados. El padre fue a la ermita del pueblo, encendió una vela y le pidió a la virgen por la niña. Le rogó que le guardara para él los sufrimientos de su hija. Mientras tanto, la madre prometió que si la niña se curaba se la regalaría a los de casa. En ese instante, a la madre le desaparecieron las manos; si no llega a ser porque la sujetó el abuelo, la niña que tenía en brazos se habría caído al suelo.

La niña lloraba, inconsolable, por el susto de caerse de los brazos de la madre. Txerren se compadeció y decidió que la devolvería, pero no sin pena, porque de todos los bebés que habían nacido el nueve de mayo de ese año, la había escogido a ella para que se quedara a su lado. Su objetivo último, su

sueño, era el de estar juntos: vivirían una historia de amor de una belleza insuperable, obra del espíritu, a cambio de la promesa de que la escribiera, con una dedicatoria inolvidable. Por algo le había concedido alma de escritora.

Incluso cuando se le pasó el dolor de oídos, el bebé seguía escuchando el eco de una voz, una especie de letanía: *laun kirinkun, laun kirinkun, laun kirinkun lena*; el silbido de una serpiente de lengua larga, zigzag, zigzag, bailando la *sorgin-dantza*. El padre, recién llegado y agradecido, le colgó del cuello una medalla de oro con la imagen de la Virgen María; en el revés llevaba el nombre y la fecha de nacimiento; un amuleto.

En lo sucesivo, el ángel de la guarda no se despistaría, porque sabía que aquellos que Txerren había escogido siempre quedarían bajo su influjo.

Para cuando se le vaciaron los pechos a la madre, la niña ya daba sus primeros pasos de la mano de los abuelos, subiendo y bajando por el pasillo. En aquella época, no hablaba. La abuela estaba segura de que la nieta estaba muda por los dolores de oído que había sufrido al nacer, así que consiguió el permiso de los padres para llevarla donde Antya.

En uno de esos días entre marzo y abril fueron a dar un paseo por el monte; la niña recogía flores en las orillas del camino. Entró en la ermita con un ramillete de margaritas, como una novia. El silencio del interior se le antojó el regazo más cariñoso. Una mujer alta, de pelo cano y vestido gris, acogió con respeto a la abuela, que llevaba de la mano a la nieta. La abuela le explicó lo sucedido.

–Puedes estar tranquila –le respondió Antya, mientras clavaba sus ojos pardos en la niña.